

[clarin.com](https://www.clarin.com)

Esteban Tedesco: Los apetitos del coleccionista - revista-enie

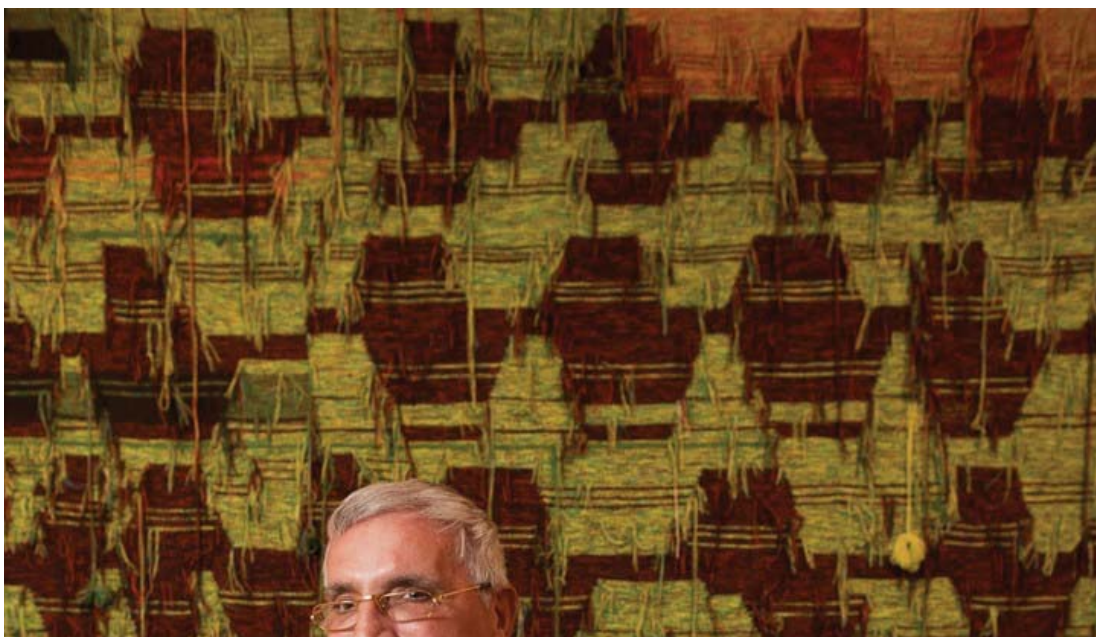
Clarín.com

12-15 minutos

De pronto detiene la marcha por la sala del Centro Cultural Borges. Frente a una serie de fotografías que muestran el mismo y desolado paisaje austral, pero intervenido por una presencia humana y misteriosa, comenta: **“Es la primera vez que las veo colgadas y no imaginaba que fueran tan lindas”**. Las fotos son parte de *No retorno*, obra que el artista mendocino Guido Yanitto realizó en una expedición a la Antártida en 2012. A su vez, integran la vastísima colección de arte argentino contemporáneo que, desde hace más de treinta años, Esteban Tedesco viene conformando, sin otro fin que el deleite personal y los lazos afectivos que lo unen a algunos artistas. Miles de obras, sin dudas se trata del conjunto que más exhaustivamente da cuenta de la variedad del arte argentino contemporáneo. Si una extraña catástrofe azotara mañana a todas las galerías, talleres, instituciones y museos, pero, por algún motivo, dejara indemne este acervo, la historia del arte argentino entre los años 80 y el 2000 podría reconstruirse casi íntegra a partir de sus piezas.



Tienta imaginar atiborrada de obras la casa de Esteban Tedesco, un reconocido cirujano plástico. Desde hace años, los centenares de piezas que desbordaron sus paredes privadas descansan en los depósitos del Borges. Por eso, regularmente el Centro Cultural de la calle Viamonte organiza muestras para exponerlas al público. *Secretos compartidos 2*, que se acaba de inaugurar, es la novena muestra. Tan inmensa es la colección, que las obras que participan en cada muestra prácticamente no se repiten. “Podrán repetirse los autores –señala Tedesco divertido-, pero no las obras”. Y en muchos casos, el primer sorprendido al verlas colgadas es, paradójicamente, su propio dueño.





Esteban Tedesco junto al tapiz "Brealito", de Guido Yannitto, 42,20 x 2,70. Su tejedor es Jesús Casimiro. Foto: Fernando de la Orden

Al igual que en su edición de 2019, el laborioso trabajo de ingresar a esos depósitos y seleccionar las obras que hoy conforman esta muestra estuvo a cargo de Virginia Fabri y el artista **Eduardo Stupía**. Entre más de dos mil piezas, eligieron aquellas que hoy cubren casi todas las salas de este espacio. La muestra cuenta con algunas omisiones, como la de Jorge Macchi o Pablo Siquier (de quien solo hay un dibujo); parece un gesto temerario, porque esos artistas son referentes obligados de la colección. Pero quizás sean esas mismas omisiones las que abran la posibilidad de hacer una lectura distinta de este acervo, un recorrido que no

quiere ser exhaustivo ni didáctica, sino sensual y singular. Si Tedesco es un coleccionista guiado por el sentido de **su propio gusto**, Fabri y Stupía componen una dupla de curadores igual de intuitiva.

“Decidimos no imponernos de antemano un recorte, digamos, monográfico, o ninguna nomenclatura –explica Stupía- sino más bien dejarnos influir por las relaciones, conexiones y ordenamientos espontáneos que las propias piezas de la colección establecen entre sí, pequeños fenómenos vinculantes que, a veces, simplemente son conexiones o resonancias del orden de lo puramente visual o cromático”. No obstante, el arte de los 90 y los 2000 es el que prima en las salas. Un arte al que vamos necesitando asomarnos cada vez más, para comenzar a comprenderlo con esa otra dimensión que sólo aporta la distancia.



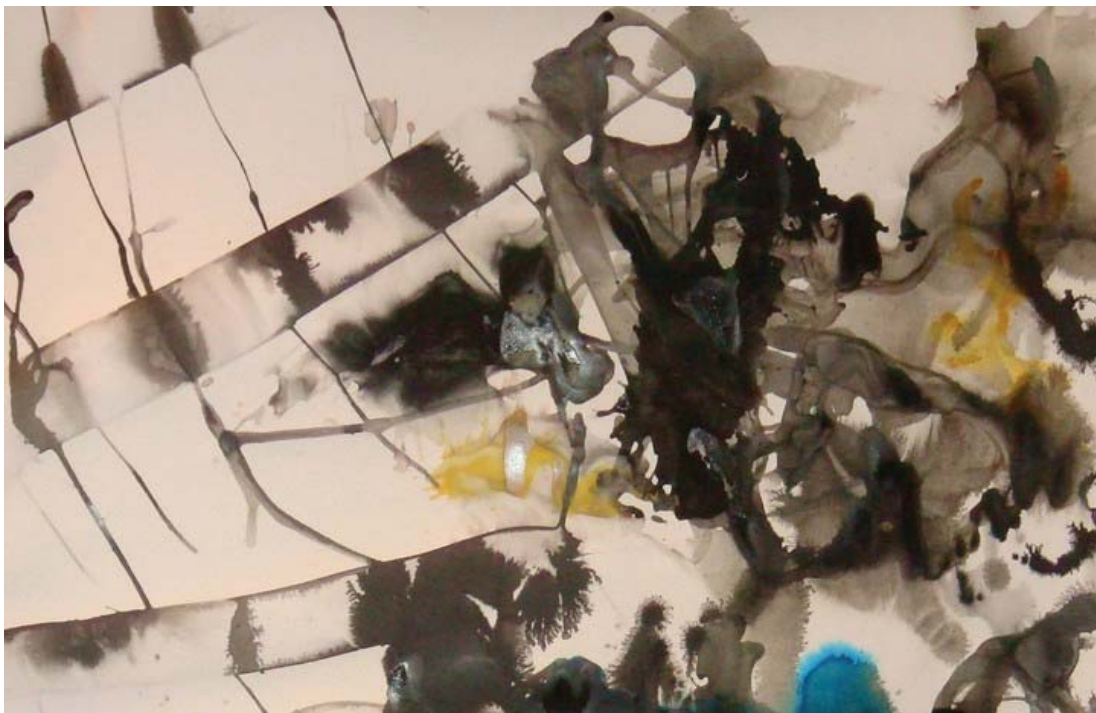
Gachi Hasper. Su clásica terapia de ritmos y colores, 2009.

Es interesante oír a Tedesco en su certeza rotunda acerca de los artistas que componen su colección: es decir, comentar

de modo indirecto la precisión de su cálculo. Dice saber a ciencia cierta que, en medio siglo, si el arte argentino consolida su influencia y puede proyectarse como merece, su galería de nombres propios será el referente conclusivo.

Temprano, sinónimo de accesible

Orgánicamente las más de trescientas obras se despliegan por estas siete salas. Como en una suerte de prefacio, las series de retratos fotográficos de artistas, realizadas respectivamente por Gian Paolo Minelli y Rosana Schoijett, nos reciben en la planta baja. “Son series completas y muchos de los artistas retratados forman parte, a su vez, de la colección”, señala Fabri. Allí aparecen varios de los nombres fuertes de los 80, como **Marcia Schwartz, Marcelo Pombo y Alfredo Prior**, y de los 90, como un jovencísimo **Diego Bianchi**. Pero toda colección tiene su figurita difícil, y desde el centro de la grilla que conforman los retratos de Schoijett, nos sonrío la de Tedesco. “Me hubiera gustado tener un Kuitca, pero Guillermo siempre fue caro”, lamenta el coleccionista.





Martín Reyna. Calle Jufre, Tinta sobre papel, 2011.

La fotografía es una de las grandes presencias de esta muestra más allá de estas series de retratos, y aún de los fotógrafos, porque a partir de los 90 cada vez más artistas visuales provenientes de otros campos la incorporaron como una herramienta. La vitalidad de la colección también consiste en dar cuenta de esos movimientos. Junto a las imágenes de fotógrafos “de oficio”, como Eduardo Grossman y RES, y de sus abordajes más sociológicos del retrato, pueden verse ahora en las salas del Borges las fotos más intimistas y afectivas de Marcela Mouján o Nicola Costantino, realizadas estas últimas en el mismo consultorio médico de Tedesco, en medio de una intervención puntual. Y junto a las nostálgicas transparencias de las monumentales arquitecturas fotografiadas por Jorge Miño, se encuentran los **paisajes urbanos de Ernesto Ballesteros**, sutilmente intervenidos

con tinta china.

En las salas del pabellón Berni, en cambio, priman las texturas, los objetos, la pintura y el dibujo en todas sus expresiones. Visuales y físicas, las relaciones se traman por semejanza o por contraste. La hermosa tinta de Kasuya Sakai de los años 60 no pierde su vigencia junto a la pintura que Martín Reyna realizó más de 30 años después. Y si ese conjunto parece resistir fuera del tiempo, lo opuesto sucede con el que arman en otra sala el tapiz tejido por **Josefina Robirosa y la Peletería de Nicola Costantino**. También de cronologías se tramarán los contraste entre esas dos piezas, que generan diversas y opuestas sensaciones táctiles en los espectadores.

Algo similar ocurre con el prisma dibujado a grafito que **Rogelio Polesello** realizó sobre papel en 1972, y que los curadores ubicaron entre sendas pinturas geométricas de Fabián Burgos y Gachi Hasper. “**La abstracción geométrica** –señala Stupía– es un género muy caro a Tedesco”. Como en una especie de pasaje del blanco y negro al technicolor, el trío que conforman estas obras subraya esa actualización de la geometría que tuvo lugar en la década de los 90 en la pintura argentina.

La obra de Polesello guarda además una anécdota especial. “Yo solía ir a los remates del Banco Ciudad a comprar fotografía vintage cuando todavía no valía nada –relata Tedesco, cuya colección evidentemente también desborda el arte contemporáneo hacia épocas anteriores. En un lote de fotos de Annemarie Heinrich vino este dibujo de Pole. A mi sólo me interesaban las fotos de Heinrich pero lo conservé. Muchas veces él quiso cambiármelo por una obra

contemporánea, quería recuperarlo. Pero yo le decía que ya estaba. Siempre le dije que no, y ahí lo tengo”.

En un mercado tan pequeño y abnegado como el del arte argentino, la figura de Tedesco se recorta de modo particular. Coleccionista y cuasi mecenas, sobre todo se define como amigo de los artistas. “La mitad de las obras que ves acá son regalos”, asegura. El relato de cómo se fue fraguando su colección nos inspira a pensar en un modo de coleccionismo distinto al que habitualmente concebimos, uno de tintes más colaborativos que mercantiles, uno que casi parece estar al alcance de la mano.

Cómo despuntó el vicio “Empecé a coleccionar a los 18 años —cuenta—, y compraba lo que podía, a artistas de tercera o cuarta línea. Por supuesto que me encantaban Fader o Petorutti pero no me daba el cuero... Soy médico y vivo de mi profesión, nadie me ayudó. Los únicos que me ayudaron fueron los artistas”, recapitula ahora.



Fernanda va a la ciudad. Obra de Luna Leonel, de 2002.

Al fondo de la sala 22, una puerta roja apoyada en la pared ha sido el soporte de la extraña pintura de la serie *Diario íntimo* que muchos años atrás realizó el rosarino Adrián Villar Rojas, en colaboración con Daniel García. Como Villar Rojas, son varios los artistas que Tedesco detectó de jóvenes, antes de que obtuvieran la consagración internacional a través de premios y bienales, y de que el mercado mundial los ubicara en un lugar al que jamás podrían haber llegado dentro del limitado circuito argentino. “A Adrián le compré esta obra siendo él jovencísimo, antes que todo, antes incluso de que ganara el premio *Currículum Cero*. Ahora la única forma de que pudiese tener otro Villar Rojas sería que él me lo regale”, dice el coleccionista señalando esos rulos paradójicos que teje la historia... pero sobre todo el mercado.

Ana Gallardo, Ad Minolitti, Gabriel Chaile y Matías Duville son otros de los artistas detectados por sus pálpitos –y su ojo clínico– antes de que saltaran al reconocimiento público (o el estrellato), presentes en esta edición. “No me sorprende lo bien que les ha ido porque los conozco. No es sólo la obra, es el personaje. De muchos soy amigo, porque antes de comprarles hablo con ellos. Y ahí me doy cuenta de que son talentosos. No me equivoco nunca”.

Enteramente dedicado a la muestra, el **Pabellón Berni** cuenta con una pequeña sala que es casi una oda a cierto estilo reinante en los años 90. Una serie de pinturas abstractas realizadas con azúcar quemado por Ernesto Ballesteros, los candorosos paisajes de Fernanda Laguna y las casitas de Fabiana Barreda, hechas de sachets de leche y envoltorios de pan lactal, son el contexto perfecto para la instalación de Mauro Koliva hecha de plástico de colores, en

la que las formas parecen a punto de derretirse. Pequeña, la sala se hace eco de ese aire de ingenuidad superflua que pareció dominar parte de la escena en esa década. Una ingenuidad que poco tenía de superficial y en cuyas hondas aguas navegaba la desazón del fin de una época y, de un modo específico, de la esperanza.

“La importancia de la colección Tedesco reside no solamente en el impresionante número de piezas que la integran, sino en que su notable eclecticismo es orgánico, y parece obedecer a un gusto más criterioso y congruente que caprichoso y arbitrario –sugiere Stupía-. Si alguna vez alguien pudiera estudiarla en su totalidad, podría establecer a partir de ella no sólo una muy completa y compleja cronología historicista de la actualidad del arte local en las últimas tres décadas. También podría revelar la fisonomía y el carácter extraordinariamente singulares de ese arte más allá del ordenamiento temporal; simplemente dejando que las obras establezcan su propio contrapunto, su propio diálogo... un poco como hemos intentado hacer ahora”. El carácter ecléctico de la colección Tedesco no es ni más ni menos que el carácter ecléctico del arte argentino de las últimas tres décadas.

También presentes en la colección, varias piezas de videoarte seleccionadas por los curadores se podrán ver también en la expo. Obras de **Ana Gallardo**, de quien también se exhibe parte de su hermoso ensayo poético y visual La laguna de Zempoala, videos de Ernesto Ballesteros –artista muy significativo en la colección- y de Tomás Maglione.

Acaso sin proponérselo –ambos curadores coinciden en la

ausencia de ideas previas a la selección de obras—, pero hilvanando ese eclecticismo con ciertas características que se reiteran, como los usos de la fotografía o la preponderancia de la geometría abstracta, de la muestra también resulta un abordaje, una idea rectora, un modo de pensar nuestra producción artística contemporánea.

Oscilante y espontánea; superficial y densa al mismo tiempo, siempre sintomática. “La estética del arte argentino es muy singular entre las del resto de América; no todos la entienden”, dice Tedesco caminando entre sus obras.

Con una colección tan importante, ¿vendrá el momento de ver todas estas piezas (más de dos mil) reunidas en un mismo espacio, en un edificio que pueda exhibirlas de modo permanente y no una vez al año, en un esfuerzo desmedido por ponerlas a punto y darles un discurso que las contenga en las salas de este centro cultural?

“Si alguien más lo organizara estaría bien, yo no podría. No me gusta, de hecho las muestras ya me angustian un poco. Esto lo hago porque así puedo ver las obras, y otras personas también pueden, si así lo desean. Además necesitás una gran inversión. Y no sé si la colección es tan importante como para eso. Dentro de 50 años sí lo va a ser, porque rara vez me equivoco. Si a Argentina le va bien y el arte despegá, esto va a hacer historia. No es necesario que yo haga nada más”.